



Madrid Cómico

DIRECTOR: CARLOS DE BATLLE



De actualidad.

EXÁMENES DE JUNIO

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO
por Luis Taboada.

¡LILIAL!
por Quintiliano L. Bueno.

LA CITA
por Jacinto Octavio Picón.

¡FUER... VERÁS!
por Vicente Fernández Alonso.

ELABORADO A BRAZO
por Félix Limendoux, dibujos de R. Marin.

SIN HABLAR CON EL PORTERO
por Tomás Carretero.

CANTARES BATURROS
por Luis del Arco.

CHISMOGRAFÍA TEATRAL
por Abenjabúl.

Á PACA
por R. Basallo Valenzuela.

CUENTO
por M. López Moreno.

LIBROS RECIBIDOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

EXÁMENES DE JUNIO
dibujos de Melitón González.

CUENTA JUSTA
por el mismo.

EL CAZADOR CAZADO
historieta, por Donaz.

UNA BROMA
historieta, por Méndez Alvarez.



Dibujos de Melitón González.

15 CÉNTIMOS



Ya he perdido la cuenta de los banquetes que se han celebrado en Madrid en lo que va de siglo. Puede que pasen de doscientos.

En la mayoría de los casos ha habido «fundamento legal» para su realización; pero en otros...

En el ramo de escritores públicos no pasarán de media docena los que no han sido aún *banqueteados*, y estoy temiendo que el mejor día me den un banquete á mí con cualquier pretexto, lo cual, aparte del natural rubor que ha de producirme, servirá para que se pregunte la gente:

—¿Pero, por qué *banquetean* á ese hombre?

Que es lo mismo que me he preguntado yo cuando vi que obsequiaban á Congrius ó á Percebius.

No se limita al ramo de las letras la costumbre de festejar con un almuerzo ó una comida á los seres más ó menos superiores. También los políticos menudean estos actos, y hoy se le da á uno un banquete por haber sido elegido diputado; mañana á otro por que no lo ha sido, y pasado mañana á otro por que ni lo ha sido ni ha dejado de serlo.

Aquel á quien no han obsequiado con un banquete alguna vez en su vida, puede decirse que hace un papel ridículo en sociedad, y por eso hay alguno que llama aparte á un amigo de confianza para decirle:

—Yo así no puedo continuar. Comprenderás que la preterición de que soy víctima me está perjudicando mucho. Hace un mes que he recibido la credencial de temporero de Gobernación y no se me ha obsequiado todavía con un mal banquete.

—Tú dirás lo que hay que hacer.

—Pon un suelto en los periódicos diciendo que se recogen las tarjetas en casa de Fè. En seguida te vas al restaurant Inglés de la calle de Sevilla ó á casa de Lázaro, el de los Viveros, y les encargas una comida barata. Toma; ahí tienes cinco duros para los primeros gastos y para que saques tu tarjeta, la de tu suegro y la de tu cuñado.

—Ya sabes que éste tiene una joroba indecorosísima y no parece bien sentarlo á la mesa.

—No importa; la cuestión es que haga bulto. Confío en que también asistirán mis compañeros de oficina. Pienso decírselo de una manera indirecta.

Al día siguiente, la prensa publica un suelto concebido en esta forma:

«Los numerosos amigos del apreciable joven D. Restituto Hojaldrin, han acordado obsequiarle con un banquete que se celebrará el lunes próximo en el restaurant *El Delirio*, de la Bombilla. Las tarjetas pueden recogerse en la librería de Fè, en casa del interesado, Comadre, 39, ó en la acreditada fábrica de buñuelos de la calle del Gato, 11.

Aplaudimos la iniciativa de los muchos admiradores del Sr. Hojaldrin, que es hoy uno de los funcionarios más asiduos de Gobernación y posee además una hermosa letra inglesa.»

Hay personas de buena posición social, que viven en grande, con casa propia, coche á la orden, abono en los teatros; que fuman de lo mejor y beben Burdeos en las comidas y tienen gabán de pieles y muchísima ropa blanca y botones de brillantes para la pechera. Merced á todo esto, llegan unas elecciones y salen diputados ó bien se les obsequia con una senaduría vitalicia.

Pues bien, á estas personas acaudaladas les molesta mucho que haya banquetes en honor de tal ó cual caballero pobretón, y darían un dedo de la mano porque se les organizara á ellos un banquete público con flores en la mesa, á fin de que á los postres hubiera brindis y se acordara enviar el ramo á la esposa del *anfitrión* (como le ha llamado en cierta comida célebre un actor famoso).

No hace mucho, cierto señor de mi pueblo, enriquecido en la Habana con las contratas para la tropa y hoy propietario en Madrid, senador, gran cruz, etc., me decía confidencialmente:

—¿Cuánto podría costarme un banquete en mi honor?

—¡Hombre, yo que sé!

—Lo digo porque me da mucha rabia ver que todos los días hay banquetes para obsequiar á una porción de personas sin bienes de fortuna, y á mí, teniendo lo que tengo, nadie ha pensado en obsequiarme. Es mucho Madrid este. ¿Qué sacan esos tontos que organizan comidas en honor de los escritores? ¿Que les regalen un ejemplar de su libro? Pues yo estoy dispuesto á repartir entre los que me agasajen, dos cajones de puros legítimos de la Vuelta Abajo, y además, si alguno tuviera un apurillo, yo le prestaría lo que necesitara con un interés módico.

—¿Pero usted por qué quiere que le agasajen?

—Para salir en los periódicos y para que vea Fofarull, el que fué mi socio en Cuba, que figuro en primera línea. Él se fué á vivir á Castellterssols y me criticaba á mí porque he querido fijar mi residencia en la Corte. En cuanto vea que me dan banquetes y á él no, va á morir de envidia.

Mientras aquí banqueteamos, en la Coruña han andado á tiros obreros y guardias civiles, con gran extrañeza del Sr. Moret que se preguntaba:

—Pero es posible que estando en el poder el partido liberal y siendo yo ministro, *todavía* esté descontenta la gente.

Parece mentira, y sin embargo, como el hombre es imperfecto, no sabe apreciar las ventajas que nos reporta el gobierno bienhechor de D. Práxedes.

Hay, sin embargo, una noticia en el aire que sembrará la alegría en el país y evitará que se reproduzcan tristes sucesos:

«El Sr. Capdepón va á ser elegido presidente de la Comisión de actas.»

Esto tranquiliza y conforta.

LUIS TABOADA

¡Lilià!

Un chico modernista,
de los que llevan largas las melenas
y creen que el artista
debe romper del arte las cadenas
buscando novedad de cualquier modo,
va á publicar un libro, titulado
El Idolo de lodo.

El libro lleva un prólogo pesado
y un epílogo atroz, disparatado.
Para que se recreen los lectores
y vean cómo escribe ese *portento*,
de una composición de las mejores
ahí va un fragmento.

«En las pesadas noches del febriciente Estío,
cuando la luna pálida se refleja en el río
sombreando la copa de la flexible palma,
siento yo que el Deseo, febricitante, ignoto,
como florece espléndida la dulce flor de Loto,
mueve las suaves hojas del libro de mi alma.

La visión del Ensueño, envuelta en amaranto,
me tiende generosa su indescifrable manto,
rozando con sus alas mis níveas ilusiones
y haciendo que las Musas, dejando su palacio,
ostentando en sus frentes diademas de topacio,
lleguen á mí á inspirarme hieráticas canciones.

La imagen del Destino preséntase inclemente,
como fantasma vago, viene hasta mí esplendente,
marcándome su paso con huellas imborrables
y haciendo estremecerse la sangre, que se agita
con el violento espasmo de la raza maldita
que puebla los espacios etéreos, impalpables.

¡Oh, misterio sublime del mundo de los Sueños!
¡oh, gnomos y sicambros, que de los antros dueños,
la demoniaca danza bailáis en derredor!
¡Genios de las tinieblas, lanzad vuestros conjuros
á todos los mortales que muéstrense perjuros
en el férvido culto de Venus y el Amor!

Así decía un joven de rubia cabellera
lanzando de su lira las trepidantes notas,
que se perdían tristes en la ampulosa esfera
como en el pecho humano las ilusiones rotas.»

QUINTILIANO L. BUENO

La cita.

Por fin un día, tras una disputa muy agria con su marido, enojada por cierta frase que le pareció despreciativa, prometió que iría. ¡Habían sido tales y tantas las súplicas y ruegos de aquel hombre! ¡Tan enérgico el contraste con el desamor y el abandono en que su esposo la iba dejando! —«Mañana á las diez, dijo al importuno que venía asediándola; pero nada más que entrar y salir, unos minutos... con la condición de que tendrá usted juicio... y nada de locuras.» —Después pasó la noche hostigada por el recuerdo de la *imprudencia* que iba á cometer, pero aún más atormentada al hacer memoria del desabrimiento y aspereza con que su esposo la trató. —«No, no llegaré hasta lo irremediable —pensaba al tiempo de acostarse; —y si llegase, bien empleado le estaría.»

El encargó que le despertasen temprano; durmió mal madrugó, y se vistió casi como para visita de cumplido.

Sobre la chimenea del despacho colocó dos jarrones llenos de flores; y en seguida, por si aquella también era curiosa y le revolvió los papeles como habían hecho otras, escondió varias cartas en una sombrero vieja, arrojándola encima de un armario, y además quitó de la vista dos retratos de antiguas conocidas y otro de una cómica fotografiada en ademán provocativo sin más traje que unas mallas en las piernas y un tonelete que no llegaba media cuarta por bajo de la cintura. En un veladorcito puso un sortijero con alfileres, horquillas, agujas, imperdibles, un gran frasco de agua de Colonia, sin destapar, con su caperuza de pergamino y sus cordones de colores. Pero de allí á poco lo pensó mejor; imaginó que aquello denotaba cierta práctica de libertino á sangre fría, y no dejó sino las flores y el frasco de perfume.

Según las manecillas del reloj iban avanzando lentamente, comenzó á recapacitar si todo estaba dispuesto y en su punto. Nada ni nadie podría turbar su dicha: la portera estaba advertida de que no dejase subir sino á la señora que había de llegar al dar las diez; los criados habían sido por él engañosamente alejados. Comenzó á dar paseos por el cuarto. Llegando hasta la puerta de la escalera aguzaba el oído esforzándose en distinguir y diferenciar los pasos de las gentes que subían... ¡una mujer muy gordal... los peldaños crujen... ¡no es ella!; luego un chico que baja de *estampía*...; después la pausada y ruidosa ascensión del... De pronto sonó un campanillazo, él se fué acercando todavía más hasta la puerta, de puntillas, con gran tiento recorrió el ventanillo y por una rendija imperceptible miró, conteniendo la respiración. Era un amigo: la portera se había descuidado. Otro campanillazo, dos más, el último á la desesperada, mucho más fuerte... y el inoportuno bajó lentamente la escalera como quien todavía espera que abran y le llamen.

¡Menos diez! Hasta las flores, mal puestas en los búcaros, caídas y doblados los tallos, parecían cansadas de esperar. Nada interrumpía el silencio. De repente se levantó mirando hacia la alcoba, porque más allá del hueco que la separaba del despacho, se veía la cama cubierta de un rico paño japonés. — «Eso está mal,» pensó; y desplegando un biombo de telas antiguas, ocultó el lecho, del cual sólo dejó visibles las alhomas blancas, limpias, aún cuadrículadas por los dobleces del planchado. Al pasar ante un espejo, vió su imagen reflejada y sonrió satisfecho, como debió sonreír Dios, cuando después de hecho el mundo, le pareció que estaba bien. La barba sedosa, muy cuidada; el mirar vago, casi triste, como de quien espera una dicha desconfiando lograrla porque no cree merecerla... La alegría, el gozo, serán luego, cuando ella entre.

Sobre una mesa había varios libros con señales interpoladas entre las hojas, y páginas dobladas para alejar toda idea de ocio y de frivolidad: en un testero de pared, llenando un hueco entre dos cuadros, se veían brillar dos espadas de desafío que hacían pensar en la caballería y el valor: la alfombra no tenía una mota, ni una mancha de ceniza de cigarro; ni un átomo de polvo empañaba los muebles.

¡Menos cinco! Entonces fué al balcón, y apoyada la frente contra el vidrio, miró hacia la calle que enfilaba con el portal, y por donde ella debía venir. Así permaneció un rato, que se le antojó muy largo; mas cuando dirigió de nuevo los ojos al reloj, apenas se habían movido las agujas. En balde intentó distraerse leyendo un periódico; parecía que las letras, mofándose de él, bailaban haciéndole burla. Su imaginación tomó el rumbo que quiso, y comenzó á fingirse la figura de la mujer esperada. — «¡Es tan difícil que una señora sea puntual! ¡Tardan tanto en vestirse!» Con los ojos desmesuradamente abiertos, haciendo abstracción de cuanto le rodeaba, creyó verla engalanándose astutamente para venir á rendirsele... Las ropas interiores son finísimas, están adornadas de estrechas cintas de colores y exhalan delicados aromas; las medias son oscuras, como pide la moda; ya se calza los bien formados pies con pequeños zapatos de taflete; ahora se pone el corsé lleno de vistosos pespuntes, y encima el cuerpo de ligera batista que usan *ellas* para no ensuciarlo; en seguida el vestido que oculta el nacimiento del pecho y los hermosos brazos desnudos... como acaso él los verá luego; la falda cae resbalando á lo largo de la enagua. Se abrocha deprisa, busca entre varias horquillas un alfiler largo para el manto y se lo prende, dejando que el velo venga á sombrear dulcemente la cara... Los guantes, una pulsera lisa de plata, nada que tenga pedrería... Ya está. Aún falta algo: pudorosa, aún á solas, se vuelve de espaldas á la puerta y se estira una media.

El reloj marca las diez en punto: por fin su máquina produce un quejido metálico, y el timbre suena pausadamente. ¡Qué intervalo tan largo entre una y otra campanada! Hasta los objetos parece que aguardan impacientes. Comienza de nuevo á pasear, atento el oído hacia la puerta y el entrecejo fruncido por el enojo. Pero no siente la dulce zozobra del amante honrado que espera un bien cierto y legítimo, sino la intranquilidad del vanidoso que teme una derrota. Empieza á desconfiar. Aquellos labios tan encendidos y húmedos, aquel talle de líneas elegantes, aquella gallarda figura toda esbeltez si anda y toda gracia cuando se deja caer sentada echando atrás la gentil cabeza, aquel conjunto de primores no será para él. — «¡No viene! ¡Qué ridículo miedo, qué virtud de última hora se habrá apoderado de ella?» Sus manos estrujan el periódico, que rueda sobre la alfombra hecho una bola.

Un rayo de sol que va poco á poco escurriéndose de las cortinas, hasta dar en un espejo, proyecta un reflejo que juguetea sobre un busto de barro cocido, y el sátiro esculpido finge muecas burlonas.

Vuelto otra vez al balcón, apoya la cabeza en la vidriera, que se empaña con el vaho. ¡Allí está! ¡Gracias al diablo!

La ve venir por lo alto de la calle. Viste traje obscuro, corto, bajo el cual asoman los pies, preciosamente calzados, como él los imaginó;

las enguantadas manos oprimen un grueso devocionario, sujeto con un elástico rojo, y el tul del velo flota agitado en torno de los cabellos rubios, semejante á una nubecilla negra que pugna por eclipsar una estrella de oro. A cada instante vuelve la cabeza hacia atrás.

El entonces sonríe con orgullo, y lentamente se dirige á la puerta.

Al cruzar el despacho, lo inspecciona por última vez, de una ojeada rápida. Todo está bien. Para ella, la butaca en que descansará su cuerpo, agitado por la emoción y el miedo, ¡quizá por el amor! En el suelo, el almohadón de felpa, bordado por otra mujer ya olvidada; y muy cerca, la silla baja, de fumar, que él tomará para sí, cogiéndola como al descuido, procurando tener la presa al alcance de la mano.

Pero en la escalera no suena el ligero taconeo, ni el roce de la falda. — «¿Qué es esto?» — Torna precipitadamente al balcón, y la ve en la acera opuesta, parada ante un escaparate, como si con disimulo se contemplara en su cristal: en realidad, lo que hace es mirar con miedo á derecha é izquierda: hasta se nota la respiración alterada que levanta y deprime su hermosísimo pecho. De pronto, se vuelve y avanza en dirección al portal. Se detiene para dejar paso á un hombre que va cargado, y, en seguida, de repente, obedeciendo á un impulso inesperado, con un movimiento nervioso, se vuelve de espaldas y echa á andar muy deprisa, calle arriba. Pero aún queda esperanza: acorta el paso, sigue despacio, parece que duda, vacilando entre la cita ofrecida y la virtud jurada... Por fin, acelera la marcha resueltamente, se aleja, y allá, en lo alto de la calle, se pierde confundida en un grupo de gente, mientras él, rabioso, humillado, mordido el amor propio por el despecho, murmura entre dientes:

— ¡Cobardel! ¡Bribonal!

JACINTO OCTAVIO PICÓN

¡Pues... verás!

(A mi querido amigo Moisés Panero.)

Como soy muy notable en Hermenéutica y en Química sé más que el catedrático, orgulloso, alegrísimo y enfático me presenté en la Escuela Farmacéutica.

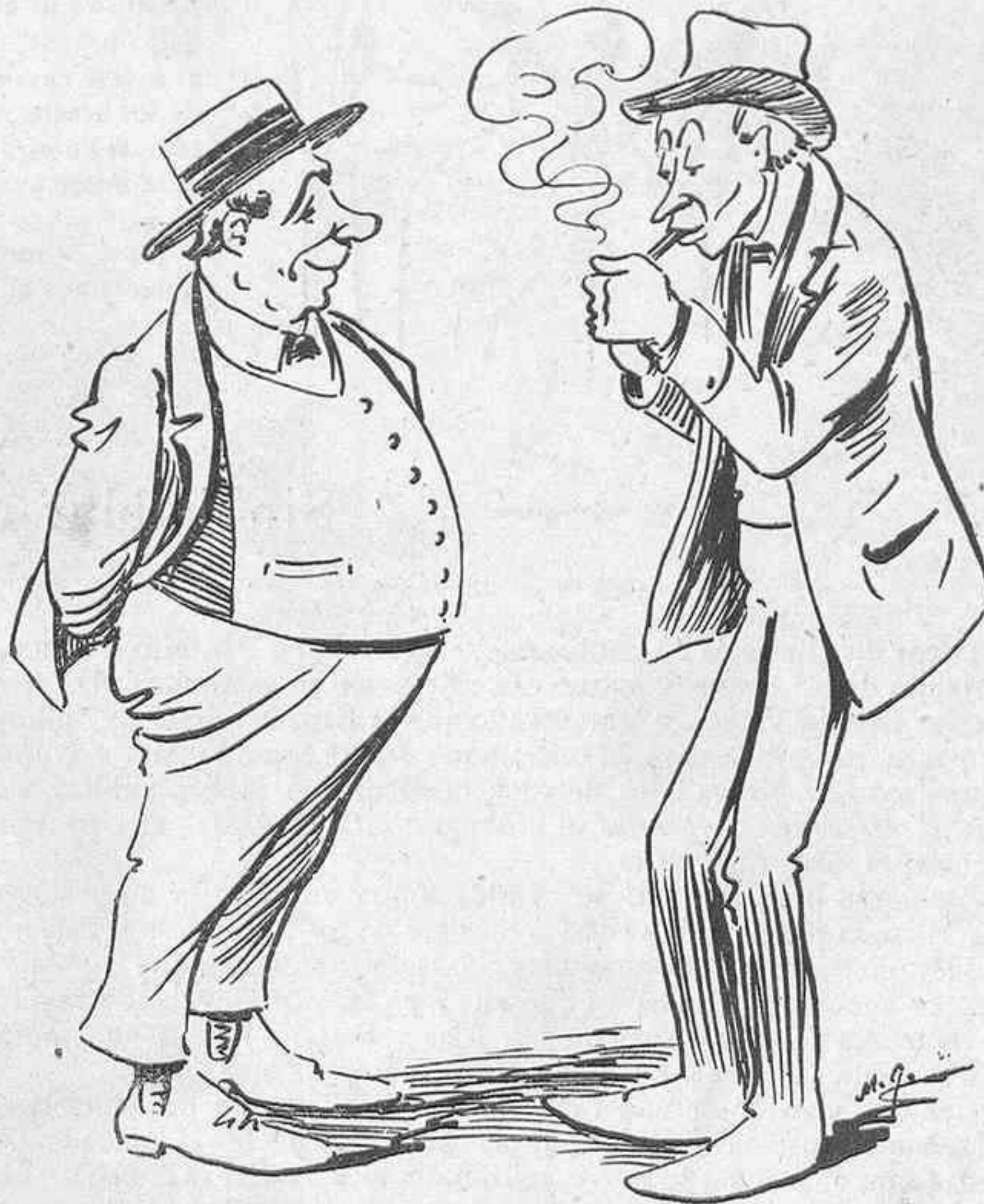
Hablando de *farmaco-terapéutica*, quedéle al tribunal mudo y extático; pues describí el emético y el mático y hasta metíme á hablar de *propedeútica*.

No dejé de la Química un capítulo, lo mismo aconteció con la Botánica, y en Materias, *metíles* hasta el prólogo.

Por eso me obsequiaron con el título para ejercer en la nación hispánica la noble profesión de *pucherólogo*.

VICENTE FERNANDEZ ALONSO

CUENTA JUSTA, por Melitón González.



-- Buen cigarrito, compadre; y es de 25 céntimos.
-- De 15 nada más.
-- Y 10 que lleva usted gastados en cerillas... lo que yo digo.

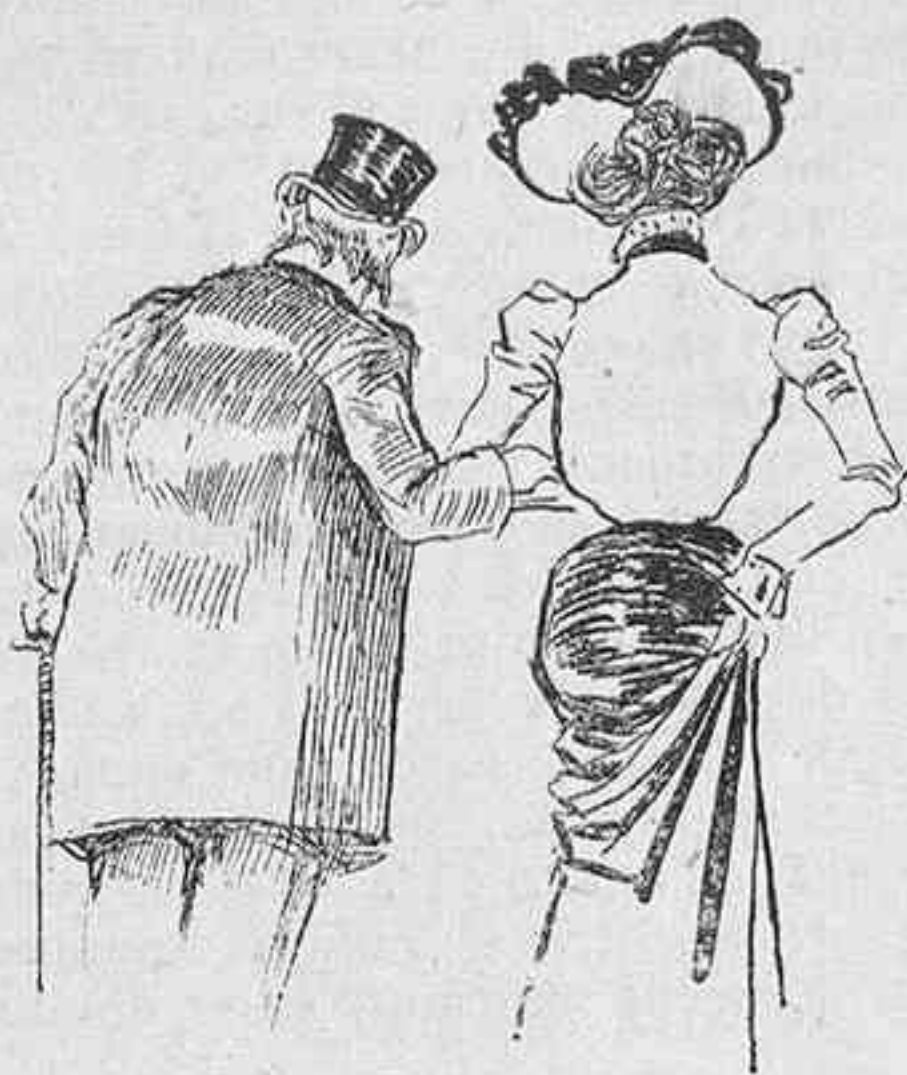
Elaborado á brazo.

¿No os habéis fijado nunca en el modo tan distinto con que va cada señora del brazo de su marido?...

Este Marín, cuya pluma dibujando es un prodigio porque sorprende actitudes y movimientos y giros

con precisión fotográfica, pero con vigor artístico, nos trae la serie de *monos* que damos en este sitio

y que, de seguro, á ustedes les resultarán bonitos; pero el hombre se ha olvidado de ponerles *pies y título*



y yo, que por mi desgracia, todo me lo versifico (no tan bien como Soriano según asegura él mismo), cargo con este mochuelo á trueque de darles mico...

*
¡Oh las mujeres! Son todas tales y de tal instinto que definen con el brazo todo un curso metafísico!

¡Cómo llevan cariñosas al papá que es viejecito y hacen notar el contraste entre lo muerto y lo vivo!

¡Cómo se agarran al brazo vigoroso del marido declinando el cuerpo sobre quien demuestra resistirlo!

¡De qué modo tan notable y tan significativo

complican la mano izquierda, como si fuese un olvido, sobre el brazo de la víctima que va al lado tan tranquilo mientras ellas de reojo suelen mirar á otro sitio!...

¡Cómo «amartillan» el brazo cuando usted es joven y niño y las lleva por jardines solitarios y escondidos, sobre todo si usted tiene militares atractivos!...

Y ¡qué piadosas y dignas y con qué gallardo mimo le conducen orgullosas de que usted esté... ¡desvalido!

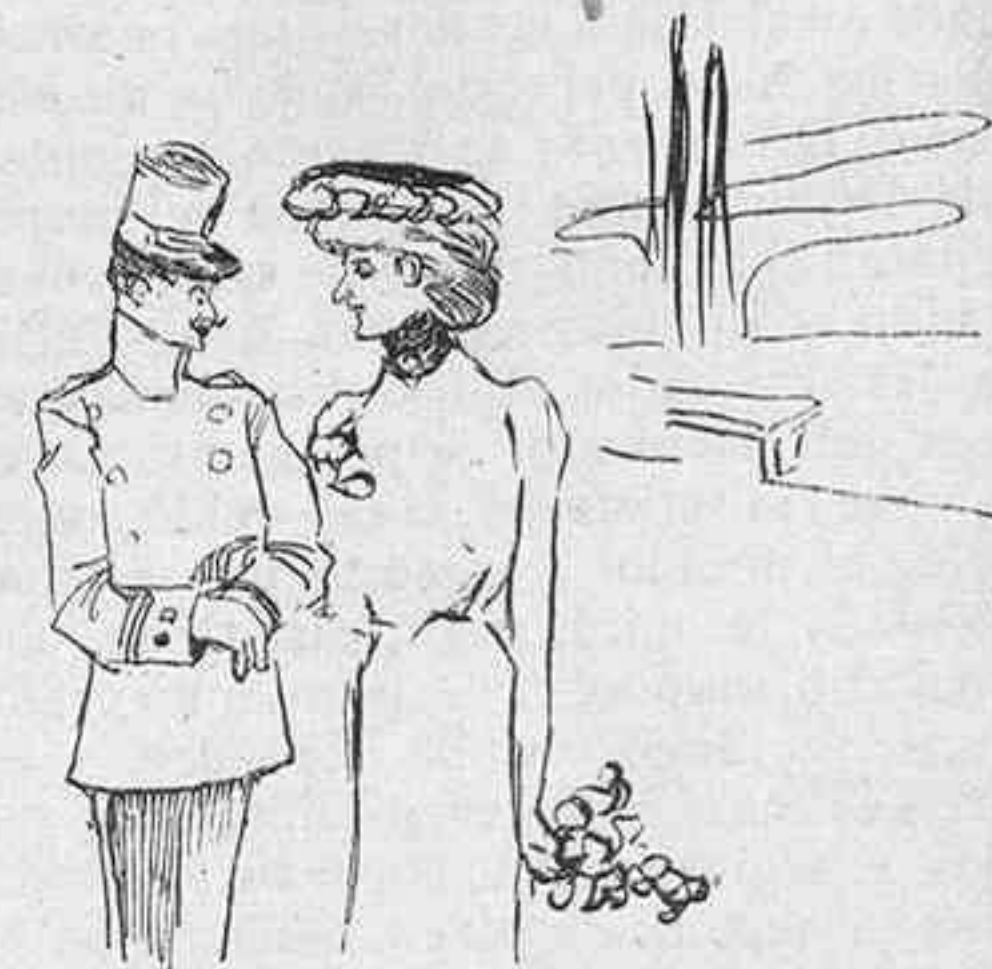
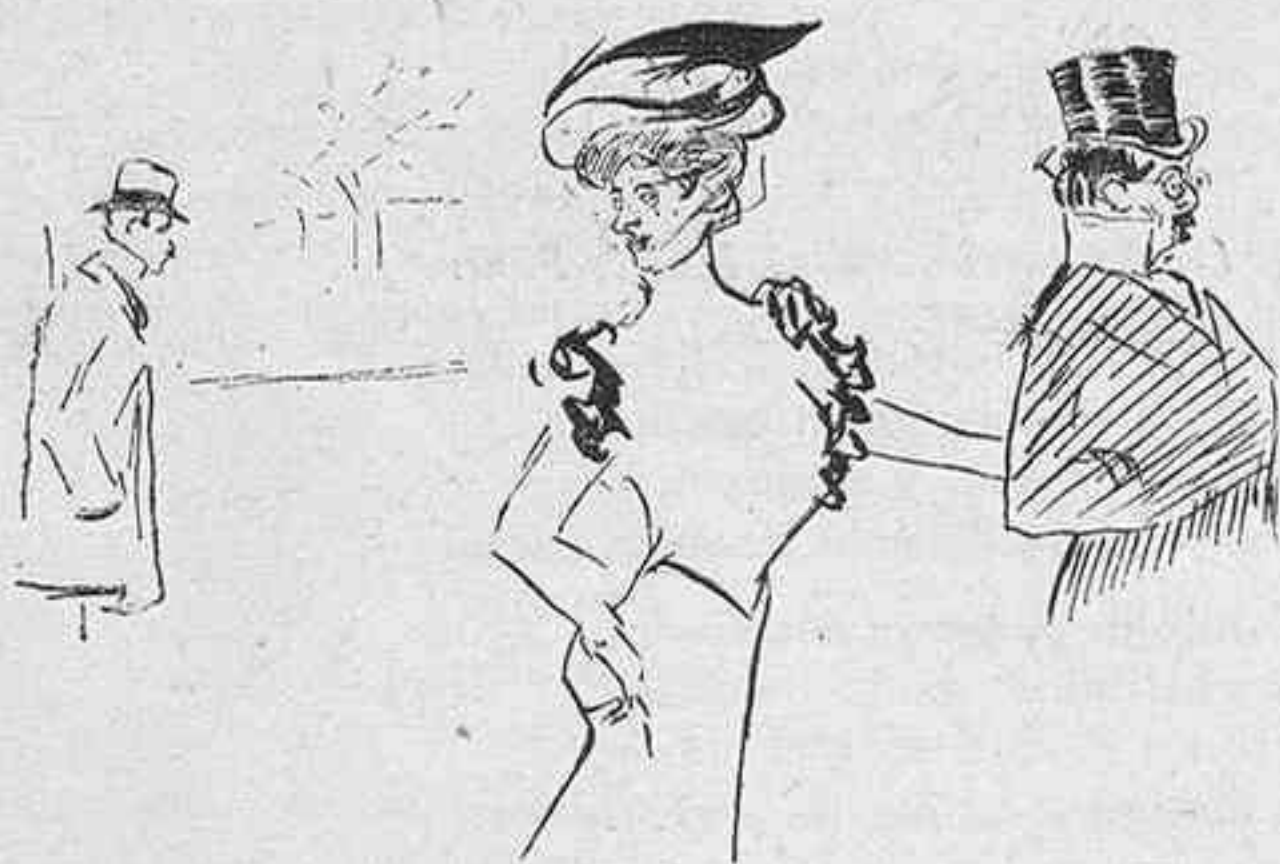
Hay que verlas arrastrando con insultos y con gritos al que suele ser el padre de todos sus *medios chicos*, y hay que verlas *convencidas* de que ya está él *convencido*...

¡Todas cuando dan el brazo con desdén ó con cariño nos ofrecen mil apuntes para un curso metafísico!

*
Esto es lo que el dibujante quiso probar, por lo visto, al fijarse en *uno solo* de los brazos femeninos. ¡Ah, si en el otro se fija para hacer unos monitos!...

*
¡Bien es verdad que no se los hubiéramos admitido!

FÉLIX LIMENDOUX



(Dibujos de Marín.)

Sin hablar con el portero.

A D. Carlos de Batlle.

Los días después de publicarse mi artículo en MADRID CÓMICO, tratando de los honores de que era objeto en el extranjero D. Armando Palacio Valdés, y lamentando que la España oficial no rindiera á este escritor insigne, lo mismo que á D. Leopoldo Alas y á don Francisco Pi y Margall, los debidos honores, vió la luz pública en *Los Lunes de El Imparcial* el prólogo de *La Regenta*, escrito por Galdós, el ilustre novelista.

Este gran literato y este académico aboga en el referido prólogo por la consagración oficial de los méritos de los Sres. Alas y Palacio Valdés, dice que se les deben esas plazas de académicos que yo pedía, y se ve además en D. Benito que está plenamente convencido de que es injusticia patente que Leopoldo Alas y Palacio Valdés no pinten lo que pintan Cotarelo ó Catalina ante la España oficial.

Como es consiguiente, Sr. Batlle, yo me felicito de haber coincidido con el ilustre Galdós, y aun más habiendo hecho la misma salvedad que el insigne maestro refiriéndome á la España oficial. La otra, la que está compuesta de lectores, hace mucho que ascendió á esos literatos á algo más que académicos, reputándoles por grandes maestros, prez y orgullo de la España de nuestros días.

Tengo entendido, como el Sr. Batlle, que para entrar en la Aca-

demia es preciso que se cumplan ciertos requisitos: presentar la candidatura y visitar uno por uno á los académicos.

Pura fórmula, Sr. Batlle; el que llama á la Academia es que antes le han llamado desde dentro. Nadie se expone á que le den con la puerta en las narices.

Esos trámites serán precedidos de amables indicaciones, es lo natural, y cuando el presunto inmortal «eche la instancia» bien seguro estará de que será bien recibida.

Yo tampoco sé, como no sabe el Sr. Batlle, que D. Armando Palacio, D. Leopoldo Alas y D. Francisco Pi, hayan solicitado su ingreso en la Academia.

A mi juicio han hecho bien. Sus instancias están presentadas hace ya tiempo: son sus libros.

Además, creo, que á ninguno de los tres, como á casi ninguno de los académicos que yo he citado, les importe poco ni mucho ser ó no ser arcades de la Española.

Estas cosas á quien interesa es á la Academia, que debe procurar, para su mayor esplendor y lustre, llamar á su seno á lo más granado de la patria.

El Sr. Batlle—quizá por deficiencia de mi estilo, no por error suyo—me achaca una intención que yo no he tenido: dice que acuso y hago responsables del olvido en que están por parte de la Academia los Sres. Alas, Palacio y Pi, á D. Juan Valera, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, D. José Echegaray, D. Eduardo Benot, D. Benito Pérez Galdós, D. Manuel del Palacio, D. José María de Pereda, don Isidoro Fernández Flórez, D. Federico Balart, D. José Ortega Munilla y D. Jacinto Octavio Picón.

No, Sr. Batlle, yo ni acusé ni acusaría á esos señores de nada... aunque no fuera más que por respeto.

Creo que dije, y sigo diciendo, que esos señores por aumentar la buena compañía, deben llevarse á su vera á hombres de tan altísimos merecimientos como Alas, Palacio y Pi.

Creo también, en contra del Sr. Batlle, que no corresponde á los muchachos convencer á D. Leopoldo Alas, á D. Armando Palacio y á D. Francisco Pi para que soliciten la entrada en la Academia.

Eso toca—según yo pensaba—á los hombres pares en ingenio, á Alas, Palacio y Pi, que están dentro de la casa.

Eso pensaba, y ahora me he afirmado más en mi idea, al ver á Galdós, al ilustre Galdós, que desde dentro de la Academia «hace señas» á Palacio Valdés y á Leopoldo Alas.

En cuanto á los muchachos, y, á los que como yo no acaban de salir del colegio, lo que nos corresponde es pedir desde la prensa que esos señores tan admirados por el Sr. Batlle, por todos y por mí, es que esos señores sean académicos.

Si el Sr. Batlle y yo—y celebraría ir en tan honrosa compañía—nos acercáramos á cualquiera de nuestros tres candidatos, seríamos seguramente recibidos muy cortesmente, pero no lograríamos nuestro propósito... y además, créame usted, Sr. Batlle, los imbéciles que por ahí pululan quizá dijeran que todo era un amaño.

Creo, repito, que la misión de ustedes, los muchachos, y la mía, es la que antes expuse.

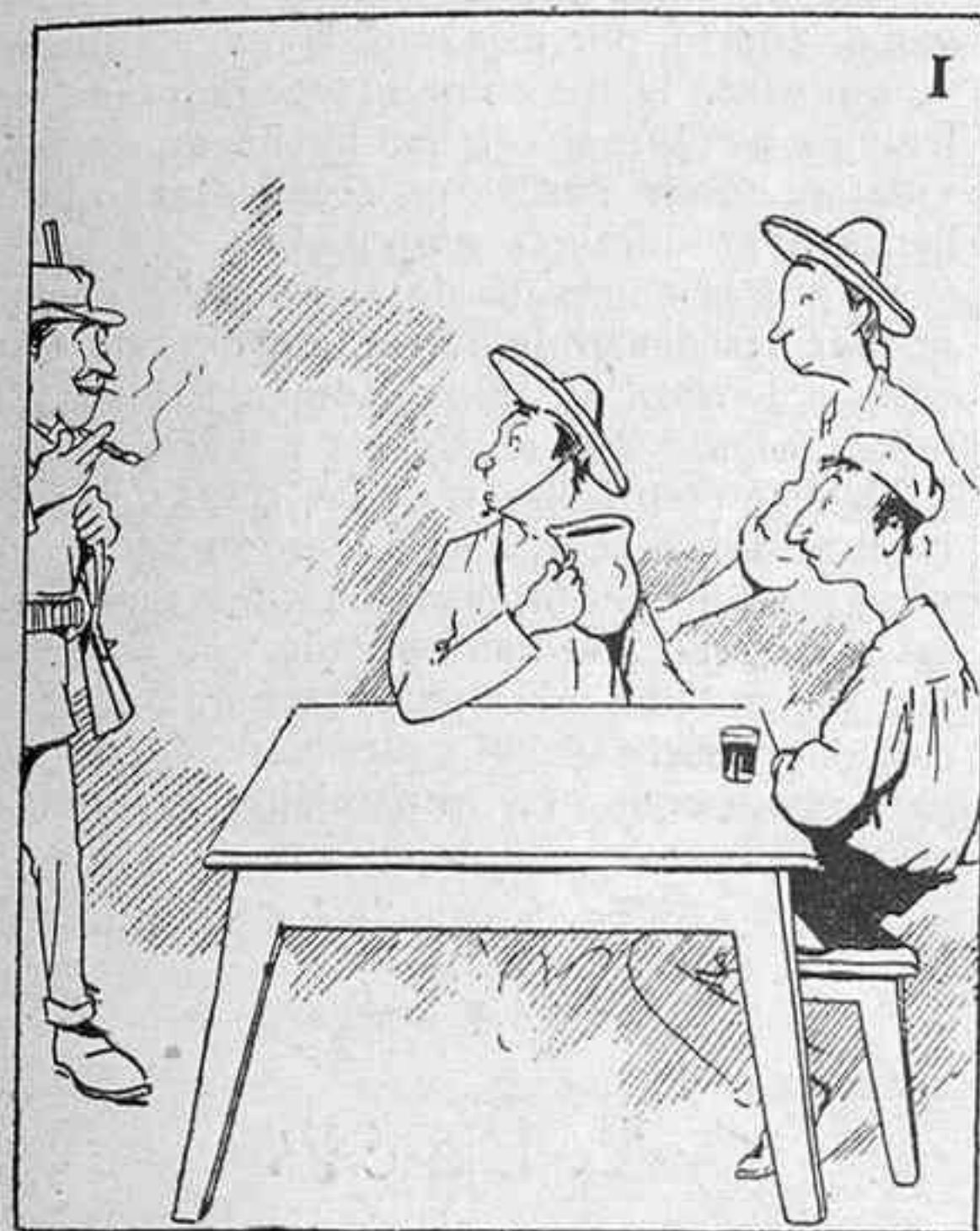
Alas, Palacio y Pi, deben entrar en la Academia llamados desde dentro.

Nada de instancias.

Nada de hablar con el portero.

TOMÁS CARRETERO

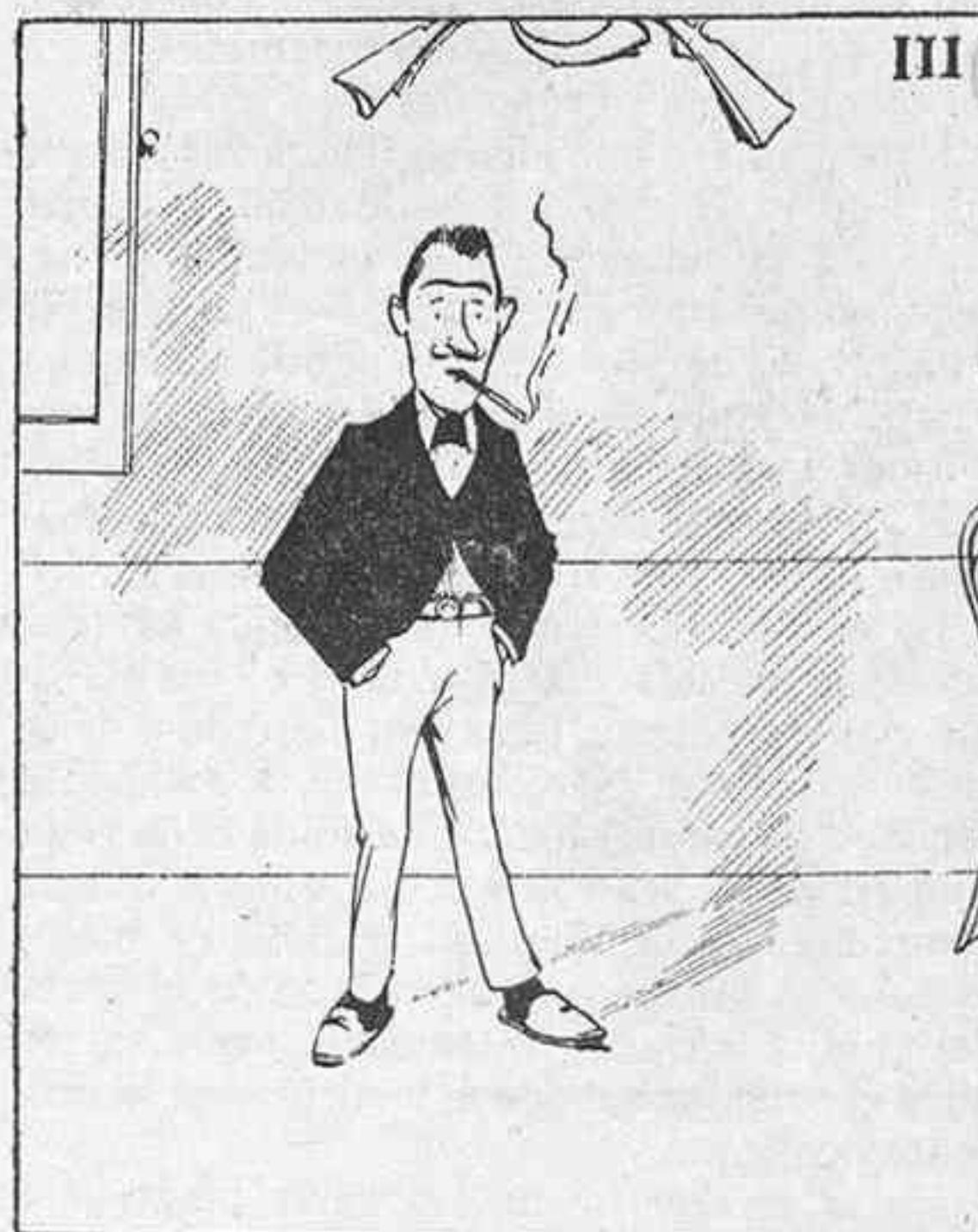
EL CAZADOR CAZADO, por DONAZ



—Aquí está D. José.
—¡Caramba, llega usted á tiempo!



—Pues, sí, D. José; ayer mató á dos pastores.
—¡Bah! Mañana salgo yo y me lo traigo al pueblo.



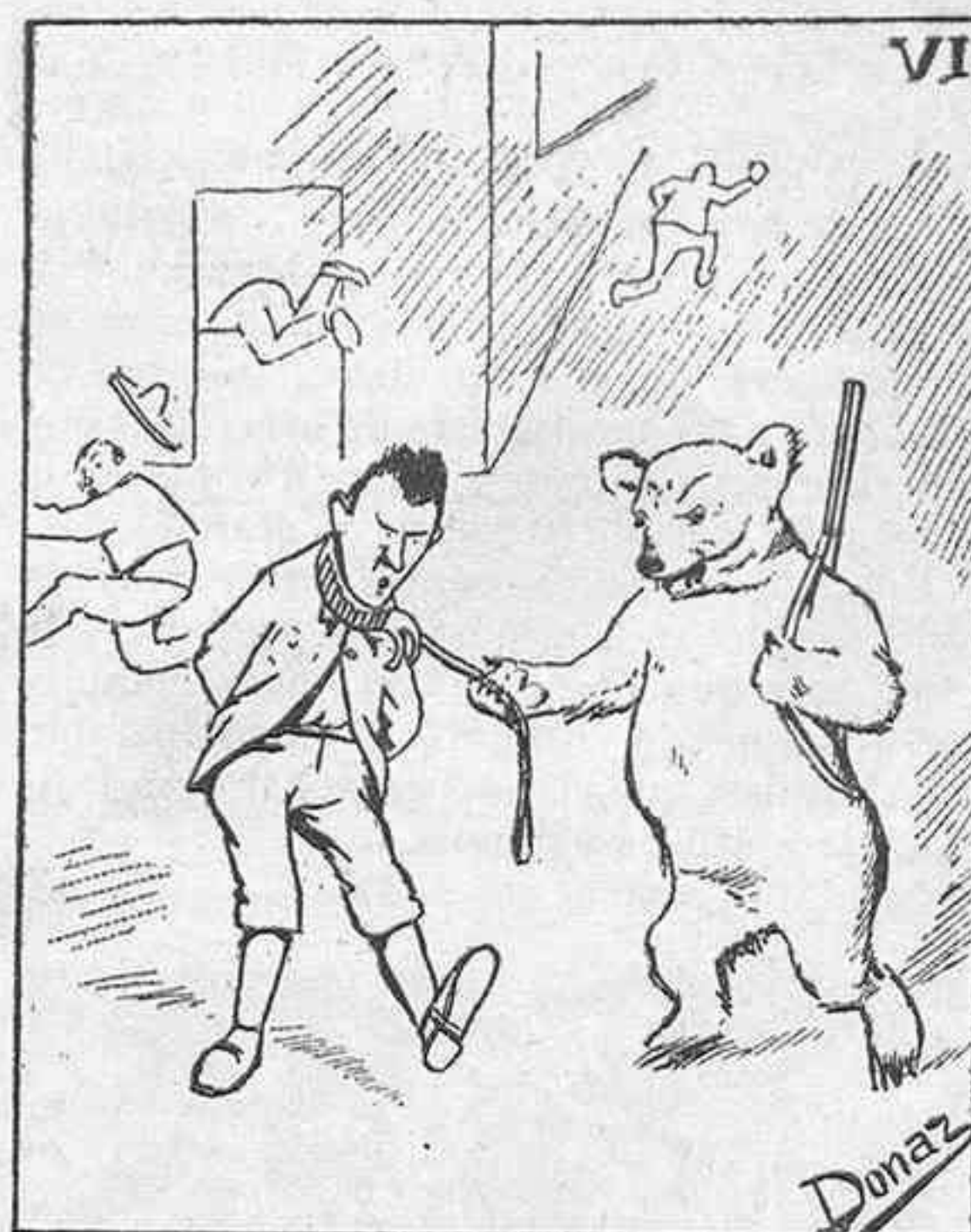
—Ya no tengo más remedio que volver por mi amor propio de cazador.



—Pero, señor, ¿por qué me habré metido en esta aventura? Estaba por volverme.



—¡Virgen Santísima!



—Y efectivamente, se lo trajo al pueblo...

Cantares baturros.

De noche cuando m'acuesto
sueño tu cara de gloria,
y abrazo el jergón de paja
creyendo que es tu presona.

Anoche después de verte,
cuando salí por tu puerta
me metí en el estómago
la lanza de una carreta.

El cura quié treinta riales,
por casáme con mi maña;

casi cuesta una mujer
lo mesmo que una guitarra.

El barbávo de tu padre
me rompió anoche el guitarro;
si me hubié roto las muelas
no lo hubiera sentío tanto.

La carta que te escribí
debió tu padre llerla,
porque llevo en las costillas
desde antiayer la rispuesta.

Un cantarico de aceite
hi de mandáte mañana,
pa que no me eche tu madre
cuando el candil se li apaga.

El ir á verte de noche
que caro, maña, me cuesta;
hi de llevarme dos panes
pa que el perro no me muerda.

Man salió dos flemones
de tanto anoche cantáte,

y pué que no valgas tú
lo que en botica me gaste.

El rucio que tié tu tío
me pegó en mitá del pecho;
porque me dió sin malicia
no maté al probe allí mesmo.

Hi descudiao la viñica
por hacer que me quisieras,
y resulta que hi perdió
la mujer y la cosecha.

LUIS DEL ARCO

Chismografía teatral.

No se asuste el bondadoso lector.

Aun cuando la Academia define la palabra chisme diciendo que es la murmuración ó cuento con que uno intenta enemistar á las gentes refiriendo lo que debería callar, y de ahí deduce que chismografía es la relación de los chismes y cuentos que corren, puede asegurarse que si de cosas de teatros se trata, estas palabras no significan lo que se deja apuntado.

Tales cosas ocurren de telón á dentro, y tan raras y anormales son todas, que con razón ha dicho alguien,—y si no lo ha dicho nadie lo afirmo yo—que hoy la gente, al hablar de lo que pasa entre bastidores, si no inventa calumnias, no es por falta de ganas, sino por el temor de que la calumnia resulte luego verdad.

Pero, vuelvo á repetirlo, no se asuste el bondadoso lector.

Nada malo ni ofensivo para nadie diré en estas crónicas; me limitaré á relatar lo que entre bastidores suceda, y si alguna vez hago uso de mis asombrosas facultades de mago, mi poder será empleado únicamente para vaticinar lo que pueda ocurrir.

Daré primero una vueltecita por los teatros que aún están abiertos en Madrid, y luego, gracias á mi magia, que no es blanca ni negra sino de color indefinido, me trasladaré á las capitales de provincia en donde actúan las compañías, que de no remediarlo Dios, tendremos que aguantar el próximo invierno.

No creo que Teresa Vitaliani tenga ganas de volver por Madrid en mucho tiempo.

La sala del Teatro de la Comedia ha estado desierta casi á diario, y tan solo los literatos y autores dramáticos han acudido á celebrar y aplaudir los méritos de la excelente actriz. Únicamente los días de moda se ha visto concurrido el teatro, y como quiera que la compañía que la Vitaliani trae no es mejor ni peor que otras que han obtenido el favor del público en años anteriores, nadie se explica el retraimiento de este último en la presente ocasión.

Hasta la *reprisse* de los «días blancos» ó «saldos de vírgenes» —no recuerdo bien cuál de estos nombres tenían en otras temporadas—han fracasado.

En Madrid hay épocas fatales para los teatros, y Teresa Vitaliani ha coincidido con nua de ellas.

En Apolo y la Zarzuela, el público sigue brillando por su ausencia á pesar de haberse estrenado últimamente varias obras con éxito extraordinario, según reza en los carteles, aunque para mí, el éxito habrá sido tan de ley, como de ley es la plata de los relojes que con su cadena y todo venden á voces en la Puerta del Sol por tres perros grandes.

En el Moderno, Loreto Prado y Enrique Chicote caldean la atmósfera y preparan á la gente para que obsequie con llenos completos á Leopoldo Frégoli, el incomparable transformista que viene á cosechar gran cantidad de aplausos y dinero.

Eldorado prepara su apertura para muy pronto, y un Sr. Laguna se ocupa en la construcción de un teatrillo en la Plaza del Callao, teatrillo en el que se explotará el género chico de verano, que algunas veces resulta mejor que el de invierno.

Se dice por ahí que el Sr. Laguna tiene vastos planes regeneradores. Dios le tenga de su mano, y Él haga que no se acuerde del resultado que la regeneración dió al Sr. Silvela.

El circo de Parish, se llena de público todas las noches, y se comprende. Piruetas por piruetas, siempre son preferibles las de Gobbert Bellin, á las de Manolo Rodríguez.

El de Colón tampoco marcha mal, y el Japonés con sus *divettes* afónicas, y Actualidades con doña Tancreda, se van defendiendo.

Parece también que en los Jardines se darán á conocer varias óperas, y se sabe que don Luciano Berriatúa terminará pronto la construcción de su nuevo y gran teatro.

A todos deseo suerte y acierto.

Mucho se ha llevado y traído la especie de que Emilio Thuillier y Carmen Cobeña vendrán al Teatro Español el invierno próximo: buena falta hace que los citados artistas vengan á Madrid, por más que yo tengo noticias de que tanto la una como el otro piensan con fruición en el teatro de San Fernando, de Sevilla, en donde realizaron el pasado año brillantes y productivas temporadas.

Sé que la compañía de Lara ha estrenado noches pasadas en la hermosa capital de Andalucía, la obra de Julián Romea, titulada *El señor Joaquín*, con musiquita y todo.

De esa compañía, y de las otras que haremos de padecer, me ocuparé en otra crónica, pues de tal importancia son las mudanzas que en ellas se han operado, que no pueden ser tratadas á la ligera, sino que precisa concederles el espacio y atención necesarias, para poder comentar imparcialmente las tales variaciones.

ABENJABÚL

A Paca.

Estás hecha un fenómeno de gorda; por doquiera, tu *mole* se destaca, y aunque oigas repetir: ¡la carne es flaca! no es por tí, aunque lo diga el *Sursum corda*.

Tu voz es huracán, cañón que asorda; tu peso excede en mucho al de una vaca, y asombra y maravilla el ver ¡oh Paca! que la carne en tu *cuero* se desborda.

Mas no te apesadumbres, porque Piave, que está loco de amor por tu palmito, dice que eres para él carga suave,

y en su ardiente pasión, ó su apetito, te llama ondina, bayadera, ave, mariposa, ilusión y bizcochito.

RARAEI BASALLO Y VALENZUELA

UNA BROMA, por MÉNDEZ ALVAREZ



—Por ahí vienen los toros ¿Oye usted los cerros?
—¿Los toros? ¡Cielos, huyamos!



«Pedro Ponce el valeroso
y Juan Carranza el prudente...»



«Imitemos á Carranza.»



—¡Pues no se asusta usted poco de estos pobres animales!

Cuento.

En la cuarta compañía de un brillante regimiento cuyo nombre no declaro por causas que me reservo, había un quinto andaluz que, en opinión del sargento, era más listo que un rayo, pero más malo que un trueno, por jugador, por tramposo, por díscolo y pendenciero, por holgazán, por borracho, por randa y por mujeriego.

Ocurrió en una revista que á causa de un mal remiendo que presentó en paño blanco cosido con hilo negro, el oficial de semana que era un teniente muy recto, á más de dos bofetones morrocotudos, soberbios, que debieron parecerle al quinto lo menos ciento, tomándole de una oreja le dijo en tono severo:

—Para que no seas adán y aprendas á andar derecho, aquí vas á echar raíces, pues no saldrás á paseo hasta que á San Juan bendito le agrade bajar el dedo. (Condición que al andaluz dejó poco satisfecho, pues comprendió que con ella sería el castigo eterno).

Pasaron dos ó tres días y el quinto de nuestro cuento, á quien tan poco agradaba su ya prolongado encierro,

en su fecundo magín no tardó en hallar los medios de burlar la vigilancia del cabo y los cuarteros y de plantarse en la calle sin el más leve tropiezo; por ellas anduvo el hombre largas horas discurriendo, y no regresó al cuartel hasta después de silencio completamente tranquilo, perfectamente sereno, y demostrando á la legua no dar importancia al hecho.

El teniente, que ya estaba enterado del suceso y en el cuarto de banderas esperábale dispuesto á castigar tanta audacia con un terrible escarmiento, cuando le tuvo delante lanzó un expresivo terno, cruzóse de brazos, y entre irónico y severo le dijo: —Seguramente eres de ley cuando has vuelto. ¿Y á dónde has ido?

—Á la iglesia.
—¿Tú á la iglesia? No te creo.
—Por este puñao é cruces que lo que le digo es cierto; pues como usté me arrestó hasta que San...

—Bueno, bueno.
—Me pareció conveniente el dir esta tarde al templo ¡á ver si San Juan bendito había ya bajao el dedo!

M. LÓPEZ MORENO

LIBROS RECIBIDOS

Pacotillas, por José Estrañi. Se ha publicado el tomo VI que, como los anteriores, se vende á peseta en todas las librerías.

El Rocío, por José Nogales. Cartas literarias premiadas por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla.

Guía para los viajeros de los ferrocarriles. La mejor y la más completa. Acaba de ponerse á la venta la del presente mes de Junio. Precio, 50 céntimos.

La huelga, por Sebastián Gomila. Un folleto en 8.º, una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

NAB.—Madrid.—¿Qué publique sus versos

Por que sinó ¡vive Dios!
se planta usted en la oficina,
y es floja la... papalina
que á coger vamos los dos?

Pues hijo, lo siento mucho, pero ni me gusta el vino, ni me gustan sus versos.

V. L. del P.—Valladolid.—¿De Valladolid y cursi y malo? Parece mentira, hombre.

UN POETA.—¿Quién le ha dicho á usted que puede quitar letras á las palabras?

Juego una miser peseta
á que usted no es un poeta

UNA DE LAS CAUSAS dirimentes del matrimonio es el mal olor de la boca. Desaparece con el *Licor del Polo* tan adversa contrariedad, 6 reales frasco. L. C.—Valencia.

¿Qué me escribió usted una carta
y no le puso la firma,
no por falta de memoria
sino por falta de tinta?

Entonces ¿cuándo hace usted uso del lápiz?

AGUA DE COLONIA de fino perfume y baratura incomparable, no hay otra que la de Orive. Desde 3 reales frasco. Litro hasta 4 pesetas.

R. del V.—Palma de Mallorca.—Publicaré sus versos por dos razones: la primera por que están bien hechos; la segunda porque fui amigo de su hermano de usted. Para otra vez procure ser más alegre.

J. B.—Rosario de Santa Fe.—Sí, señor; ha dado usted en el blanco y publicaré sus cantares.

M. de C.—Madrid.—No publico sus quintillas porque *marchastes y disparates* me parecen poco consonantes. En cambio *seguro y asegurado* tal vez lo sean demasiado.

F. C.—Astorga.—Su composición «En el álbum de una dama» me resulta poquita cosa. La otra de que me habla debe haberse extraviado. Enviéla de nuevo y veremos.

C. R.—Barcelona.—Creo, juzgando por la muestra que de sus cantares me envía, que el más indicado para poner el prólogo á su libro, es don Mariano Catalina.

BEPPU.—No, señor; no sirve ninguno.

M. del R.—Madrid.—Dice usted:

¡Es ella! pues no la veo;
hoy estoy corto de vista
y no distingo de bultos;
media vuelta.

Sí, media vuelta y... marchen. Estoy seguro que esa ella que usted no ve, es la Gramática.

N. de S.—Pero qué cosas se le ocurren á usted, señor don Nilo.

CAVICHO.—Gijón.—Eso de inventar apellidos para encontrar consonantes no podemos consentirlo mientras estén en el poder los liberales. Mande usted otra cosa, ó espere á que vuelva Silvela.

G. B.—Madrid.—Complacido. Ya ve usted que no puedo ser más amable.

D. A.—Madrid.—¿Peladilla? Me la he comido... soy más goloso... ¡Ah! *Regularcillo* no quería decir que fuese bueno.

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

MADRID

Tres meses, 3,50 ptas.—Sels íd., 4,50.—Año, 8.

PROVINCIAS

—Semestre, 5 ptas.—Año, 9.—

Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 m



UNION POSTAL

—Un año, 15 pesetas.—

VENTA

Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25

Anuncios extranjs.: Ptas. 0,35 línea de 45 m

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACIÓN Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

Bazar de Camas de la Latina

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas.—Colchones de muelles.

Colchones de varios sistemas.

Nadie puede competir en precios con el Almacén

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1



CORSÉS

Ultimos modelos de París y novedades para los corsés á medida, desde los más económicos á los de más alto precio.

REGÚLEZ

9, BORDADORES, 9

ELIXIR GAL PARA LOS DIENTES 1'50

ENFERMOS
DEL ESTÓMAGO
É INTESTINOS

PERLA ESTOMACAL

DE FERNANDEZ MORENO
Caja, 10 reales.
Sacramento, 2, Madrid.

Individuos que llevaban padeciendo más de 20 años y que habían usado 20, 25 y hasta 30 ejemplares de varios preparados estomacales, con los que no obtuvieron más que un pequeño alivio á las primeras tomas, debido al **calmante** que dichos medicamentos contienen, han curado radicalmente las acedias, dispepsias, gastralgias, catarros y úlceras del estómago é intestinos, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones, con **dos cajas PERLA ESTOMACAL**. Convalece y fortifica, extingue mareos, ruidos, dolores de cabeza y estómago, la tos flemática de las madrugadas y la asfixia de las flemas. **Por un real más se remite á todos puntos.** Madrid. SACRAMENTO, 2, farmacia, y de venta en las de Arenal, 2; Trafalgar, 29, y Centros de especialidades. En Barcelona, Dr. Andreu; Cartagena, San Miguel, 10; Toledo, Cadenas, 1; Zaragoza, Ríos; Cádiz, Matuto; Talavera, Niveiro; Tudela, Romadía; Salamanca, Villar

MAQUINAS USADAS



SINGER, para coser.

Se compran, venden y dan á plazos.—Se componen todos los sistemas; Se garantizan por el mecánico CEREZO.

ZARAGOZA, 9

BIBLIOTECA MODERNA
ILUSTRADA

Obras publicadas por esta Biblioteca á 50 cénts. volumen

- I.—A. Palacio Valdés.—*Sedución.*
- II.—Jacinto Benavente.—*Noches de verano.*
- III.—Juan Valera.—*Asclepigenia.*
- IV.—Salvador Rueda.—*Piedras preciosas.*
- V.—Benito Pérez Galdós.—*La novela en el tranvia.*
- VI.—Jacinto O. Picón.—*La Vistosa.*
- VII.—Hermanos Quintero.—*Fruslerías.*

EN PRENSA

Tomo VIII.—*Horas de sol* (novela) de G. Martínez Sierra.

Se remite á provincias, franco de portes, enviando los pedidos, acompañados de su importe, al administrador de MADRID CÓMICO. Si se quiere recibir certificado aumentese al pedido 25 céntimos.

TALLER DE FOTOGRAFADOS

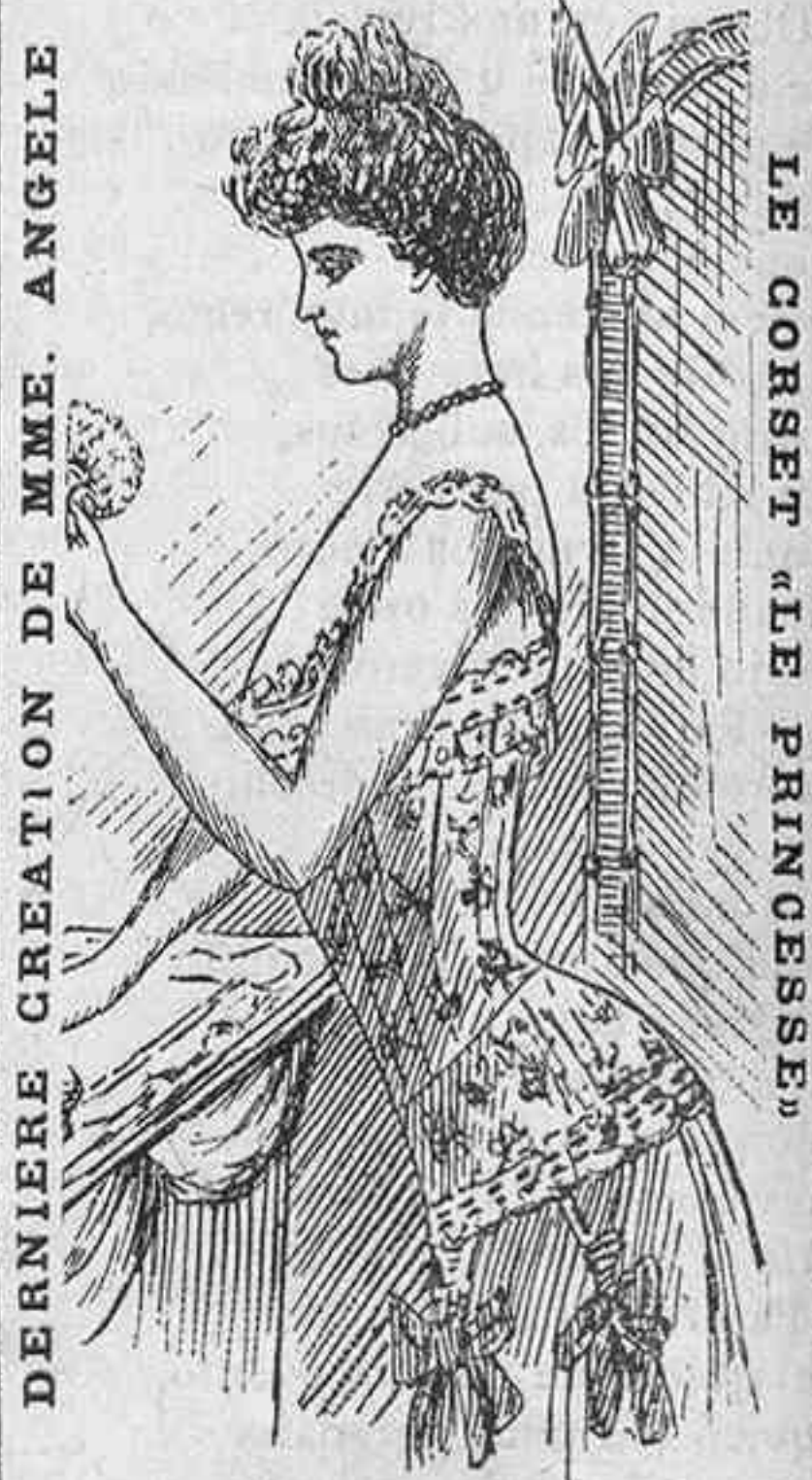
DE

PABLO SANTAMARÍA

CLAVEL. 1. MADRID

LA JOUVENCE

14, MONTERA, MADRID



SERVICIOS
FÚNEBRES
La Soledad
DESENGAÑO - 10.
TELÉFONO
205

BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3
MADRID

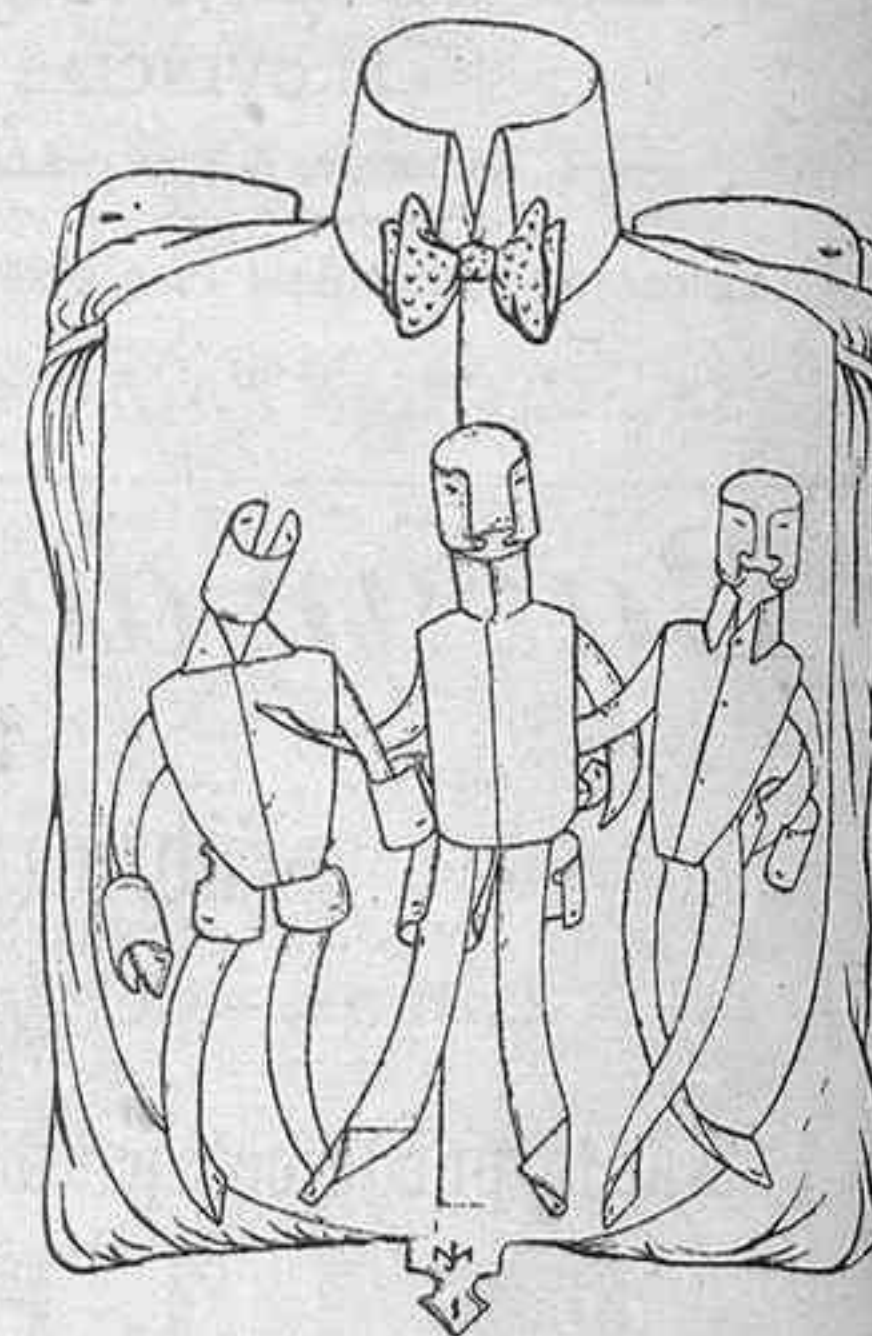
Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

CHAMPAGNE
"MISART"
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
D. JAVIER ARANDA
Vigo.
La Granja
Espumoso Exquisito

Pídase en todas partes tan confortable y deliciosa bebida.



FUGAS EXPLICADAS

Que los ángeles se escapan de la gloria, por ahí dicen. ¡Bah, es que vendrán á comprar las camisas á MARTINEZ.

2, San Sebastián 2,

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.